

EL COMETA DE 1843.

A MI AMIGO

EULALIO MARIA ORCEGA.

Con llanto de entusiasmo te lo ruego,
Dios de la inmensidad, alza mi canto,
Robustece mi voz, y con tu soplo
Purifica las cuerdas de mi lira.

Refleja un rayo de tu luz intensa,
Púlgido, vivo, en mi abrasada mente,
Y has que se reproduzca refulgente
Como en el seno de la mar inmensa
El sol omnipotente.

Oigo el crugir de tus divinas alas
Angel de inspiración, yo te saludo,
Ven, arrebatá mi alma por los aires
Como el aura el perfume de la rosa
Que muere ajada entre el inmundo fango:
Y así elevado, con la faz radiosa,
Empuñando la lira resonante
Bajo el dosel espléndido del cielo,
Hasta los astros alzaré mi vuelo.

Allá te cantaré, rauda Cometa,
Allí bajo tu cauda esplendorosa
Que ora invade arrogante el firmamento,
Yo pulsaré mi lira de poeta.
Gloria, gloria inmortal, entre tu lumbre
Grande es verter torrentes de armonía
De este raudal inmenso, inagotable,
Que el Eterno en un raptó de deleite
Lo legó al mundo y lo llamo poesía.

Ven, sublime proscrito de los cielos,
Huérfano entre los astros, vagamundo,
Que parece que lloras en la tumba
Del padre de la luz, rey destronado,
¿En dónde está tu corte y tu grandeza?
¿Hacia donde caminas descarriado?
¡Inútil y extranjera es tu belleza!

Desprendido cual hoja del arbusto,
De otro grande y magnífico sistema,
Te arranca Dios de tu supremo solio,
Rompió contra tus sienes tu diadema
Y te condena á recorrer los mares.
Cual guerrero olvidado de su tribu
Vagas solo y salvaje, sin asilo
Como el hijo de Sión, y sin hermanos,
Cual planta que germina
Al acaso en desiertos arenales:
¿Cómo debe adorarte el extranjero,
Oh, emblema de su lúgubre existencia!

Cuando miro tu pálido semblante,
Tu giro vago por el yermo cielo,
Tu cabello flotante,
Me pareces el ángel de la muerte
Que llora por los aires la congoja
Del mundo agonizante.

En la solemne calma de los astros,
¡Oh, Cometa! sublime resplandeces
Como un arco triunfal; al firmamento
Embellece tu cauda transparente:
Si ella envuelve amorosa las estrellas,
Parece que agradecen el cariño,
Parece envuelta la dichosa esclava
De su señor entre la piel de armiño.

¿Cuál es tu patria, espléndido Cometa?
¿Vienes á revelar al pobre mundo
Su miseria y su nada,
Mensajero atrevido
De raza de gigantes,
De otro linaje de astros rutilantes.
¿Do este sol, este cielo, estas estrellas
Morirán como pálidas centellas,

Volarán como pajas desparcidas?
 ¿Eres el carro del sublime arcángel
 En que la gloria del Señor proclama,
 En que hace que palpemos su alto nombre,
 De donde lanza enérgico sarcasmo
 Al orgullo pueril del débil hombre?

¿Anuncias á la tierra su agonía,
 Gráfico signo en el espacio obscuro,
 Cual la mano sin cuerpo que en la orgía
 Grabó escarmiento en el soberbio muro?

Fenómeno de luz, llama inconstante,
 Fantasma que la túnica tendiendo
 Sobre el remoto cielo de occidente
 Oculta misterioso su semblante.

¿Quién recuerda al gusano de la tierra
 Su duda indagadora y su osadía
 Cuando te miro á tí, cuando él se afana
 En buscar los arcanos del Eterno
 Por no adorarle franco y reverente,
 Alzarle cantos y humillar la frente?
 A ese cielo divino sólo llega
 El vuelo de la fe, ¿por qué aturdido
 Buscar el tubo y el cristal mentido,
 Para medir con cálculo inseguro
 Las obras grandes del Señor inmenso?

Tú sigues impasible tu carrera,
 Bastardo de los astros; yo te sigo
 Como del borde de la ingrata playa
 Se ve el bajel del desterrado amigo.

Dulce en mi soledad me era confiarte
 Mis sueños de inmortal, cuando admiraba
 Tu frente augusta entusiasmado el vulgo,
 Yo entre la multitud te idolatraba,
 Yo llorando un mensaje te encargaba
 Al padre de mi amor, yo te decía:
 Cuando la muerte el polvo de mis huesos
 Mezcle al sagrado polvo de la tumba
 Del padre que perdí, como las hojas
 De un invierno á las hojas del pasado
 Volveremos á hallarnos en los cielos.

Y te miré alejar, y tu mensaje
 Me dió cariño á tí, me dió ternura,
 Hizo eterna en mi mente tu hermosura.

¿Adonde vas errante y solitario
 Como ave á quien sorprende la tiniebla?
 ¿Será que vuelvas en tremendo día
 A visitar las ruinas de mi patria,
 Cual monarca triunfante que contempla
 El techo en que en su infancia tuvo abrigo?
 ¿Que débil cual la gota de la lluvia
 Que se pierde en el mar embravecido,
 De ese sol en el piélago de fuego
 Morirás embebido?

¿Será que un día en duelo el firmamento,
 El mar cuitado, agonizante el mundo,
 Rival del sol, frenético te admire
 Soberbio disputándole su asiento?

Adiós, astro de luz, volveré á verte,
 Que yo soy inmortal: cuando la muerte
 Apague con su soplo el sol postrero,
 Mi alma sublime ocupará tu asiento,
 Mientras del mundo en la pavesa fría
 Tal vez indiferente unirá el viento
 Tu vil ceniza á la ceniza mía

Julio 12 de 1843.

LA DESESPERACION.

No más agitación, no más luchando
De mi destino con la atroz corriente,
Mirar la playa, y levantar la frente,
Y volverme de nuevo á sumergir.

Errante de pesares en pesares:
Enfermo el corazón de su tormento,
En vano atrueno con quejoso acento
Los aires y con lúgubre gemir.

¡Grata felicidad! yo te he mirado
Como se mira tras espeso velo,
Nítido azul de despejado cielo
Entre albas nubes y zafiro y luz.

Gozoso te miré, y embebecido
Tributaba á tu magia mi sonrisa,
Pero mecía del placer la brisa
Seco tallo de estéril juventud.

Sí, por siempre sufrir; viene la dicha
A refrescar mis labios un momento,
Pero para tornarme más sediento,
Para aumentar ¡oh, Dios! mi padecer.

Y sola en su dolor, y aislada mi alma
En su febril congoja y agonía
Y tu mano, tu mano, vida mía,
Vierte en mi corazón acerba hiel.

¡Oh, tú mi adoración! ¡tú mi tesoro!
Cierra tu amor á mi encendida queja,
En su orfandad, en su abandono deja
A mi tierno y ardiente corazón.

Déjame abandonar á mi destino,
Deja sin enjugar mi amargo lloro:
Por este frenesí con que te adoro:
Déjame en mi fatal desolación.

Mas yo te buscaré como el infante,
Que á sus padres perdiera en el desierto,
Nadie me escuchará, mi paso incierto,
¿Dónde dirijo sin buscarte á tí?

A tí mi solo bien, á tí mi vida;
Pero á tí á quien arrastro al hondo abismo,
Al que riendo le oculté yo mismo
Con mi fatal amor, mi porvenir.

¿Lo ves? ¿Lo ves? Tus ojos celestiales
¿Cómo soportan mi espantosa suerte?
¿Ves sobre el lecho de la horrenda muerte
Prepararse convite conyugal?

Esa es la tumba de la madre mía,
La que guardó mis sueños en la cuna,
Idolo de mi infancia, la fortuna
Que halagó cariñosa mi orfandad.

Yo la precipité, mi misma mano
Desgarró sus entrañas, y sangrienta,
El caliz de la dicha te presenta:
¿Brindarás con su sangre por mi amor
Horrorízate, sí, tus tiernos brazos
Desenlaza espantada de mi cuello,
Huye de mí, por Dios, ¿no ves el sello
Que en mi frente estampó la maldición?

Heme aquí para siempre condenado
A horrible soledad en mi delirio;
Mirad cual mofa el crimen mi martirio,
Cual me arroja de sí la sociedad.

Siente el calor mi mano de su mano,
Húmedo está donde su labio, impreso
Estampó del amor el postrer beso,
El beso más ardiente y celestial.

Y vivir, y pensar, y recordarte
¿Quién soporta en su negra desventura?
¿Y dormirse pensando en tu hermosura
Y en lágrimas bañado despertar!

Ni en el cielo ¡ay de mí! ni en el averno
Puedo hallar el confín del dolor mío,
Siempre sin dirección, siempre sombrío,
Siempre sin tí, mi angélica deidad.

¿Cómo apagar el destructor incendio
 Que consume mis venas, que me abrasa,
 Cubriendo mis pesares con la gasa
 De lo que el mundo apellidó virtud?
 Yo adoro en mi dolor, y más le amara
 Si pudiera sereno, de él asido,
 Lanzarme al porvenir embrabecido
 En brazos de mi aciaga juventud.

¿Pero cómo esperar sin agonía
 El tardo paso de la edad postrera,
 Asentado, tranquilo en una hoguera;
 Teniendo ante los ojos el placer?
 Ven, desesperación; rompe mi seno;
 Ven, que mi labio tu furor invoca?
 Preséntale de muerte alguna roca
 De mi vida tristísima al bajel.

A MI PADRE

Quise elevar un himno á tu memoria,
 ¡Oh, tú á quien cubre de la muerte el manto!
 Pero embarga mi voz el triste llanto,
 Y te ofrezco gemidos de orfandad.
 Sangre del corazón, padre adorado,
 Heme junto á tu losa funeraria:
 Yo no te brindo flores ni plegaria,
 Por que sólo en tu tumba sé llorar.

¡Yo, sin rumbo en los mares de la vida!
 ¡Yo, tan solo y en hondo desamparo!
 ¿Por qué su santa luz me ocultó el faro
 Que brillaba en mi cándida niñez?
 Yo quisiera mi acento de ternura,
 Mi dulce voz de delicado niño,
 Para enviarte mis quejas de cariño
 Reviviendo mis sueños de placer.

Tú, que fuiste el arcángel de mi cuna,
 Tierna flor de balsámica fragancia,
 Nube de oro flotando de mi infancia
 Al aura tenue en el tranquilo azul.
 Era bella la aurora de mi vida
 Como el blanco vapor que al cielo sube,
 Y se transforma en argentada nube,
 Del sol puro bañándola la luz.

Tú eras mi dulce bien, padre querido,
 Y cual la flor se entreabre con la brisa
 Tu primer beso, mi primera risa
 Con su contacto blando desplegó.
 Yo, apacible en tus brazos despertaba,
 Ebrio mi pecho de placer profundo;
 Muy más festivo que despierta el mundo
 Al rayo alegre del brillante sol.